Por **Graciela Bialet**
Coordinadora del programa Volver a leer del Ministerio de Educación de Córdoba

¡Qué pesados con eso de la lectura!

La invitación de La Voz del Interior y el Ministerio de Educación de la Provincia a participar en el Concurso de Relatos Estudiantiles "Argumentos para pensar y mejorar el mundo en que vivimos" es una convocatoria a reflexionar sobre temas que importan... y mucho.

Desde ámbitos oficiales y privados se insiste sobre la importancia y necesidad de leer. ¡Hay que leer! ¡Hay que leer! Una y otra vez. ¿Qué implica esta urgencia de lectura? ¿Se puede obligar a leer? ¿Acaso no podría contemplarse un nuevo derecho, el de no leer?

El ensayista francés Daniel Pennac dice que es imposible obligar a leer, como es inaudito pensar en el imperativo amar "¡Debes amarme!", "¡debes leerme!". Un libro sólo es un libro.

Un libro sólo es un objeto de la cultura, una cosa, una estructura material de tecnología de átomos (diría Nicolás Negroponte), un soporte (gustan decir los teóricos), un artículo que porta un contenido, como un casete de música, un disco compacto o un marco de madera para un cuadro.

Un libro es una cosa en un estante, algo que sólo se convierte en lectura cuando un lector, un humano de carne y hueso lo selecciona, lo abre, lo lee, lo elige, lo posee y finalmente, empantanado en el texto, se olvida de su propia esencia y se entrega al juego apasionado de reescribir significados e ideas.

Cuando ese enamoramiento se produce, justo en ese instante en que, como dice Sartre, "el texto encuentra a su lector" y ambos como amantes se devoran, el reloj cambia sus distancias, el alma de despega de las costillas, uno se exilia de las urgencias cotidianas y el paisaje entra en la doble dimensión de lo universal y lo estrictamente personal, único, irrepetible, irrenunciable. La libertad más absoluta. La imaginación y el límite se funden. Cuando ello sucede, el deseo es irrefrenable y el éxtasis una isla posible.

¿Cómo contagiar esa urgencia? ¿Por qué socializar este placer puede resultar necesario? ¿Acaso no venimos programados para ser felices? ¿No hay un cada quien para cada cual? ¿Dónde hallar el textoamor de la vida que andará por allí con el alma tinta en penas buscando a su lectoamante?

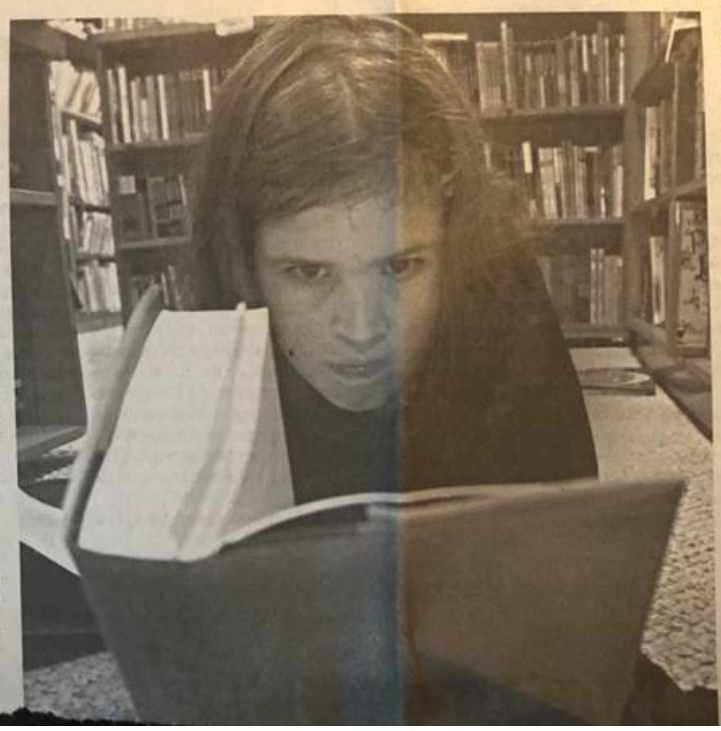
Crear los espacios

Los espacios de encuentro con el libro, con ese libro, el posible soporte sólido con quien hacer realidad una experiencia de lectura que convoque a un hito poniendo un antes y un después memorables, esos espacios, decía, son los que hay que crear.

Las ferias de libros, las visitas a bibliotecas y librerías, los encuentros con autores y pensadores, son estrategias imprescindibles a la hora de pensar en contagiar viruslugares de encuentros entre textos, libros y lectores.

Las visitas de modelos lectores –como las que impulsa el Ministerio de Educación de Córdoba desde el programa "Volver a leer"– para compartir experiencias de lecturas con estudiantes y docentes y provocarles el deseo y que dejan picando un popurrí de ganas y lecturas posibles, son acciones diseñadas para la tentación y la perplejidad... Al fin y al cabo, uno no ve todos los días que un gobernador o un ministro de Educación, el director del diario o un periodista famoso de radio o TV, un cantante o un futbolista que el último domingo nos hizo llorar por un campeonato vengan a la escuela no para decir "¡Hay de leer!" sino, sencillamente, para ponerse a leer.

La invitación que realizan **La Voz del Interior** y el Ministerio de Educación de la Provincia para participar del Concurso de Relatos Estudiantiles "Argumentos para pensar y mejorar el mundo en que vivimos" es una convocatoria a reflexionar sobre temas que importan... y mucho. Y es un intento valiosísimo. Porque les propone a los docentes y alumnos de sexto grado de primaria y tercer año de CBU que critiquen la realidad, que no sean pasivos, que no se queden de brazos cruzados. Que a partir de un tema, una noticia que les impactó, busquen dentro suyo respuestas, acudan al estante a revolver libros hasta que desde alguna hoja los salpiquen referencias, letras e ideas útiles para argumentar y justificar soluciones, salidas, un lugar probable, ese universo de utopías que necesitan nuestros jóvenes y también nosotros.



Leer y soñar

Un mundo mejor es posible y un lector-escritor con garra podrá estamparlo en el imaginario de muchos, pintándonos un horizonte cercano donde poder llegar a encontrarnos como es debido, como es soñado.

Leer y soñar deberían ser sinónimos. Pensar en estrategias para formar lectores no reconoce imperativos como ¡debes leer!; en tal caso, corren sobre el gerundio leyendo, o el participio leído.

Desde una gramática del sentido común podría decirse que cada uno, a partir de sus propias iniciativas y posibilidades, diseñará momentos y oportunidades para formar lectores cuando halle modos de conjugar el infinitivo leer. ¿Cómo?: leyendo.

A leer se aprende leyendo, y un lector se forma en instancias concretas de lectura. Sólo es necesario andar cerca de los libros, esos objetos pesados, molestos, polvorientos, vistosos, gordos, delgados, empapelados, traspapelados, encuadernados, despegados, ilustrados, despintados, amados, odiados, endiosados, incinerados, transgresores, opositores, alados, enjaulados...

Se necesitan libros a mano para que un lector se despierte... Eso ¡y nada de miedo!... porque ¡guarda! Los tiranos y dictadores de todos los tiempos tenían razón: los libros son peligrosos y de moral dudosa, andan siempre al acecho como sórdidos amantes que, impúdicamente, pueden hacernos renunciar a la desidia y la inmovilidad de creer, como dicen los teóricos de la globalización, que todo está perdido. Los libros son bocones y solidarios, y al igual que la canción de Charly, vienen a ofrecer su corazón.

© La Voz del Interior